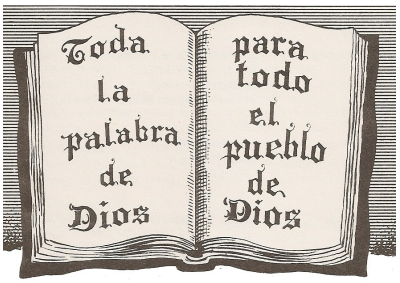
La Sana Doctrina

Mayo-Junio 2010

LA SANA DOCTRINA



Revista bimestral publicada por asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela.

Año LII Nº 307 Mayo-Junio 2010

Redactores:
Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)
Santiago Saword (1961-76)
Santiago Walmsley
Andrew Turkington (Redactor)
Tlf. (0258) 8084791
E-mail: andrewturk@cantv.net

Tesorero: William Turkington
a/c Carrera 6ª Nº12-61,
San Carlos, Cojedes, Venezuela.
Teléfono: (0258) 3251221
E-mail: turkington@cantv.net

Suscripciones para 2010
La suscripción es anual (seis revistas), y se paga por adelantado.
Para Venezuela: Bs. 10,00
Las suscripciones se hacen preferiblemente por asamblea, y pueden cancelarse mediante un depósito sin libreta a la cuenta de ahorros **No. 0101-10778-1** del Banco Mercantil a nombre del tesorero. Favor avisar por teléfono o utilizar el código explicado en el Directorio de asambleas.
Para el exterior: US$ 8,00 (vía superficie)
US$ 9,00 (vía aérea)
Favor enviar cheque en dólares americanos a nombre del tesorero.

Impreso por: OMEGA, C.A.
Tlf. (0243)2361254
DEPOSITO LEGAL pp: 195702DF52

CONTENIDO

Artículos:
Crecimiento (2) 3
Santiago Walmsley

Regresando de Babilonia a Jerusalén (4) 5
Samuel Rojas

Reforzando las Columnas (1) 8
Andrew Turkington

La Significación de Pentecostés (3) 11
E. W. Rogers

El Maestro, la Lección y los Tres Discípulos 13
El Semillero de la Asamblea (5)
Allan Turkington

Abimelec – El Juez Carnal 15
Los Trece Jueces (21)
A.M.S. Gooding

Perdonad, y seréis Perdonados .. 18
Peter Cousins

Lo que Preguntan 22
- ¿Aceptamos o recomendamos ser llamados "evangélicos"?
- ¿Qué del letrero "Local Evangélico"?
- Un sermón que no menciona "la sangre" es anémico?

Página Evangelística 24
¿Cuando voy a morir yo?
De: "Palabras de Amor" (Tesoro Digital)

Foto portada: Un cordero en La Reluciente, Edo. Lara, Venezuela

CRECIMIENTO (2)

SANTIAGO WALMSLEY

La diferencia entre los que realmente han nacido de nuevo por obra del Espíritu Santo de Dios y los que nominalmente son miembros de "una iglesia", es tan marcada como la diferencia que existe entre la vida y la muerte. Nacer de nuevo comienza cuando una persona reconoce su pecado y el castigo eterno que éste amerita; en otras palabras, confiesa que está totalmente perdido. El que siente su condición pecaminosa y reconoce que no hay en el mundo ninguna religión que tenga capacidad de exonerarle de toda culpa y darle la vida eterna, lo halla fácil creer en Cristo para la salvación de su alma. "El que cree en el Hijo ***tiene*** vida eterna", Juan 3:36. "El que oye Mi palabra y cree al que me envío ***tiene*** vida eterna, ***y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida***", Juan 5:24. ***"Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad***… la palabra de Dios que vive y permanece para siempre", 1 Pedro 1:22,23.

Habiendo escuchado el evangelio en una congregación, un hombre joven creyó en el Señor y comenzó a asistir a las reuniones en aquel lugar. Se dio cuenta que muchas de las explicaciones que escuchaba no correspondían a las palabras de la porción estudiada. Abandonó aquel lugar y comenzó a asistir en otro con el mismo resultado. Pasó tantas veces por la misma experiencia, que estaba a punto a creer que en ningún lugar podría encontrar un grupo de genuinos creyentes que interpretara sanamente la Biblia. Siguió visitando cualquier lugar que se presentara como "evangélico", pero siempre con el mismo resultado. En sus andanzas de un país para otro, todavía estaba buscando donde se enseñara la verdad de la Palabra de Dios. Cuando encontró inesperadamente un lugar con aviso público de los días y la hora de sus reuniones, decidió ir a su estudio bíblico. Lo hizo con cautela, parándose en la puerta para preguntar al portero acerca de las creencias y las prácticas de aquel lugar. Le impresionó que el portero no solamente aclarara todo con mucha franqueza, sino también que le diera las citas bíblicas que respaldaban las doctrinas y las prácticas de aquel lugar. Comenzó a asistir con regularidad, agradecido a Dios por haber encontrado tras una búsqueda tan larga, un lugar (aunque fuera solamente uno) donde la Palabra se interpretara sanamente.

En el "occidente", la parte del mundo llamado "cristiano", hay un sin fin de grupos religiosos, que, para la persona sincera, constituyen un laberinto sin salida. No es único el caso citado arriba de aquel joven que dedicó tanto tiempo a buscar la verdad, pero no todos han tenido la misma oportunidad de hacerlo. Muchos, conscientes de las fallas y los errores de lo que están viendo y oyendo, optan por no identificarse con nada. Otros, sencillamente tiran las manos y dan las

espaldas a todo. Muchos preguntan, ¿frente a tanta confusión que haremos?

Desde el comienzo, cuando Satanás logró sembrar la mentira en la mente de Eva, ha seguido la lucha entre el "bien" y el "mal". El progreso del mal en comparación con el del bien se ha ilustrado en la forma siguiente. ¡El mal puede dar tres vueltas a la tierra entre tanto que el bien está poniéndose los zapatos! Este progreso fenomenal se debe a que al ser humano le interesa más el mal que el bien. Por supuesto, esta situación no es nueva en el mundo. Hubo un día cuando se hizo la pregunta, "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" Y la respuesta variada fue; unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Cuando el Señor preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro respondió acertadamente y sin titubear: "Tú eres el Cristo (el Mesías) el Hijo del Dios viviente". En otras palabras, en medio de las confusiones siempre ha habido personas con claridad respecto a la verdad, y así es en el tiempo presente. ¡Gracias a Dios! La verdad nunca se ha destruido y siempre ha estado disponible.

> Dondequiera que aparezcan engaños y mentiras, el creyente se aparta, sabiendo que eso no es el camino de Dios.

¿Cuál es el camino que conduce al conocimiento de la verdad? El Señor Jesucristo dijo, "Yo soy el camino, y la verdad y la vida" Cada persona que recibe al Señor como su Salvador, recibe la vida y, en el mismo momento, recibe también al Espíritu Santo, Ef.1:13,14, llamado "el Espíritu de verdad", Juan 14:17. El que conoce a Cristo sabe muy bien que el camino de salvación no se mezcla con la mentira y el engaño. Dondequiera que aparezcan engaños y mentiras, el creyente se aparta, sabiendo que eso no es el camino de Dios.

El Espíritu Santo, lejos de ser "una influencia" como algunos erróneamente enseñan, es una persona divina y el verdadero Vicario de Cristo. Siendo Él, "el Espíritu de verdad", el mundo no puede recibirlo "porque no le ve ***ni le conoce***". Pero, el Señor dijo a sus discípulos, "vosotros le conocéis", y "Él os enseñará todas las cosas", Juan 14:17 y 26. Estas pocas citas bastan para demostrar que, de parte de Dios, hay abundante provisión para que el creyente no se engañe con falsas doctrinas. Todo esto, por supuesto, tiene que ver con Dios y su provisión para el creyente.

Pero, ¿cuál es el deber del creyente frente a estas porciones de la Palabra? El Señor demarcó una sola necesidad para que la persona interesada sepa que sus creencias son las verdaderas doctrinas apostólicas. "El que quiere ***hacer*** la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios". No dijo, "el que quiere ***saber*** la voluntad de Dios", pues no es una proposición intelectual, sino práctica. ***Hacer la voluntad de Dios*** es desechar la voluntad propia, es tener una experiencia, tipo "Getsemaní", cuando el creyente descarta totalmente sus propios intereses con las palabras "no se haga mi voluntad sino la Tuya". Hacer la voluntad de Dios, glorificarle a Él, conduce al conocimiento de la verdad, Juan 7:17.

La abundancia de falsas interpretaciones y doctrinas ¡¡¡¡¡deja ver que entre tantos "pastores" asalariados no hay ninguno interesado en sacrificar lo suyo pro-

pio y honrar solo a Dios!!!!! Dejar rangos y títulos, importancias y salarios, y reunirse simplemente como "hermano" entre muchos más, congregados en el nombre del Señor, ha sido la piedra de tropiezo para muchos.

Conocidos simplemente por la expresión bíblica, "siervos del Señor", hay quienes sirven en humildad, desconocidos, dependiendo enteramente del Señor, sin salario y sin garantías. Andando de barrio en barrio, de pueblito en pueblito, llevan la luz de la verdad del evangelio. Renunciando a lo oculto y vergonzoso, sin astucias, no adulteran el mensaje del evangelio, sino por lo contrario, manifestando las verdades de la Biblia se recomiendan a toda consciencia humana delante de Dios.

No faltan aquellos que aseveran que entre los "pastores" y estos no hay ninguna diferencia. "Es la misma cosa", dicen, pero el pueblo apercibido sabe mejor.

(a continuar D.M.)

Regresando de Babilonia a Jerusalén (4)

Samuel Rojas

Eran la gente correcta, en el sitio correcto. En toda la tierra, en aquel tiempo, era el pueblo al cual Dios reconocía como Su pueblo, y con quienes Él asociaba Su digno Nombre: "todo Israel", "el Dios de Israel". Aunque eran muy pocos, en comparación, estaban en el sitio señalado por la Palabra de Dios, y venían para levantar la Casa de Dios.

¿Qué fue lo primero que hicieron, al llegar? ¿Construyeron los muros? ¿Construyeron la casa? ¿Entrenaron, y formaron, un ejército, para defenderse? ¿Se dedicaron a sus casas y hogares, exclusivamente?

Primero, el altar del Dios de Israel

Aunque "tenían miedo de los pueblos de las tierras" (Esd.3:3), ¡primero se ocuparon con Dios! "Edificaron el altar del Dios de Israel, para ofrecer sobre él holocaustos", porque la adoración es primero, antes que el servicio; el servicio para Dios es primero que el servicio para los hombres; el servicio sacerdotal es primero que el servicio levítico. Es un principio que corre por toda la Escritura. En el "holocausto" toda la ofrenda era quemada para Dios.

"Un altar" representa, primero, "lo que Cristo ha hecho". Tipo, y figura, del perfecto sacrificio, realizado "una vez, para siempre" por Cristo, a nuestro favor. ¡Oh, qué precioso para todo verdadero redimido! "Cristo nos amó, y Se entregó a Sí Mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Ef. 5:2). Empero, también, "un altar" nos habla de "lo que ofrecemos a Dios". Esto, pues, resume lo que es adoración. Es casi imposible dar un concepto de "adoración", pero como lo oímos hace mucho tiempo: en la oración,

nos ocupamos con nuestras necesidades; en la alabanza, con las bendiciones recibidas; en la adoración, con DIOS Mismo.

Acababan de llegar de la cuna de la idolatría mundial, Babilonia. Allá habían visto centenares de altares; pero ninguno era el "del Dios de Israel". Éste, sí. Ninguno de ellos ni siquiera se preguntó cuál de aquellos altares que había en- Babilonia, copiarían en Jerusalén. No; ellos, por lo contrario, se guiaron por el Libro de Dios: "como está escrito en la ley de Moisés varón de Dios". Ni siquiera en los detalles usaron lo que había en Babilonia; absolutamente, en todo, hicieron "como está escrito, ...cada día por orden conforme al rito, cada cosa en su día"(v.4).

Verdadera adoración

Y, aunque sea imposible conceptualizar lo que es adorar a Dios, sí podemos hallar mucho en la Escritura sobre este tema. Veamos solo 2 pasajes: Gén.22 y Juan 4. Allá, es la primera mención en toda la Biblia al verbo "adorar": "yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos" (Abraham a sus siervos, v.5). Ellos, pues, adoraron, no en cualquier sitio, sino en el sitio que Dios señaló; no de cualquier manera, sino en la manera en la cual Dios les ordenó (v.2). El dónde, y el cómo, los determina Dios; si no, no es verdadera adoración a Dios.

Juan 4 contiene la porción bíblica que habla más sobre "adorar". Y, se halla en las enseñanzas del Señor a una mujer, la cual ni siquiera era salva todavía. *¿Dónde* se adora? El Señor dice, "ni en Jerusalén, ni en este monte"; es decir, no hay sitio en la tierra donde se adora verdaderamente a Dios, en esta Dispensación. El sitio es en el cielo mismo, el Lugar Santísimo, según la enseñanza de la Carta a los Hebreos. Dios "no habita en templos hechos de manos". *¿Quiénes* adoran? Los que han nacido de nuevo, y son hijos de Dios, porque "el Padre busca que Le adoren"; uno, quien no es nueva criatura, no puede adorar verdaderamente a Dios. *¿Cómo* se adora a Dios? "En espíritu y en verdad" explica el Señor. "En espíritu", en contraste con el ceremonial y ritual judío, como lo hacían en Jerusalén; "en verdad", en contraste con el desvío y mezcla del culto samaritano en el Monte Gerizim.

En Babilonia, no hubo este altar

En Babilonia sí se halló devoción personal, pero no hubo adoración colectiva. Allá, no podían cantar "los cánticos de Sión" (Sal. 137:1-6); en Jerusalén, sí adoraron colectivamente. A ninguno de los altares, o templos, de Babilonia, Dios lo reconoció como de Él.

¿Vemos, de nuevo, el paralelismo con nuestros días? Lo que la Escritura llama en el Nuevo Testamento "iglesia de Dios", no se halla en las denominaciones de la cristiandad profesante. Allá puede haber devoción personal. Pero, lo que Dios reconoce como testimonio público y colectivo de Él, solo es allí donde Él ha prometido estar; en el lugar sin nombre. Allá, Ud. halla muchas "iglesias", pero de hombres; donde se hace como dicen los hombres, o la directiva humana, o el pastor, o la Oficina central. Salgamos de esa confusión denominacional; volvamos al sitio donde se procura hacer todo "como está escrito". Allí, la Cena del Señor se celebra a la primera hora disponible para todos los creyentes, en cada

día del Señor (domingo). Allí se halla verdadera adoración al Padre. ¿Ha estado Ud. alguna vez allí? Y, los que hemos estado, y participado, ¿la del domingo pasado fue mejor que la anterior?

Algunos se escandalizan esgrimiendo que la comida llamada "cena" es por la noche. No entienden que eso es porque se trata de la cena de uno. Pero, cuando se trata de la "Cena DEL Señor", es primero; antes de hacer servicio hacia los demás, hay que ocuparse con Él. Y, además, esto solo lo va a hallar en una Asamblea congregada conforme al modelo novotestamentario. Mantengamos el modelo divino. Ninguno está autorizado para cambiarlo. El que no esté satisfecho con "lo que dice el Libro", no debe estar en comunión en una Asamblea local. Menos, debe intentar "destruir" el orden, porque "si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (1 Cor.3:17).

El que no esté satisfecho con "lo que dice el Libro", no debe estar en comunión en una Asamblea local

¿Qué dice el Libro?

No estamos autorizados para copiar un modelo de una denominación, y tratar de implantarlo en la Asamblea. Si así se hiciera, "si alguno quiere ser contencioso, nosotros —plural apostólico— no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios" (1 Cor.11:16). Si en la congregación no se ve la cubierta congregacional sobre las cabezas de las hermanas, si no se ve el cabello "dejado crecer" en las hermanas y "cortado" en los varones, si no se ve el silencio en las hermanas y el presidir de los varones sin música instrumental, si no se hace "como está escrito", pronto dejará de ser reconocida por Dios "iglesia de" Él, y será iglesia de hombres.

Sí, empero, debemos ajustarnos siempre a "como está escrito", manteniendo la sencillez del Nuevo Testamento, y la frescura de la guía del Espíritu de Dios. ¿Arde nuestro corazón por Él? ¿Le damos el primer lugar a Él? ¿Somos sensibles a "lo que está escrito"? Por ejemplo, ¡qué sorpresa para muchos al oír que el Señor no partió el pan por la mitad!

Cuando instituía la Cena del Señor, "tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo ***partió***..." (Mt.26:26): no usa el verbo "diamerizo" = dividir por medio, sino "klao, klazo" = romper, romper en trozo, partir. Es el mismo verbo de 1 Cor. 10:16, "el pan que ***partimos***". El Señor partió el pan, arrancando un pedazo; lo mismo que hacemos nosotros en la cena del Señor. Si tenemos dos platos, o tres, o más (de acuerdo al número de la congregación), el pan ha de dividirse en tantas partes sea necesario, pero siempre debe ser un solo pan. Cada creyente en comunión, al recibir el plato, rompe un pedazo del pan, y come del pan.

Los ojos del Señor siempre contemplan con deleite cuando Su pueblo hace "como Él dice" en Su Palabra. Así contempló Él a aquel pequeño remanente en Jerusalén, siendo sensible a Su Palabra escrita. ¿Cómo se sentirá Él en relación con nosotros hoy?

(continuará, D.M)

REFORZANDO LAS COLUMNAS (I)

Andrew Turkington

En la casa de mi mamá, una de las columnas que sostienen el segundo piso estaba desmoronándose. Toda la casa estaba en peligro de venir abajo por esa sola columna podrida. Mi hermano, que es un ingeniero civil, decidió reforzarla prontamente con acero grueso por todos lados.

"La sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas" (Pr. 9:1). Las columnas sostienen y dan estabilidad al edificio, además de embellecerla. La iglesia, que es la casa de Dios, está firmemente sostenida por las siete columnas de Hechos 2:41,42:

1. Los que recibieron su palabra
2. Fueron bautizados,
3. Y se añadieron aquel día como tres mil personas.
4. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles
5. En la comunión unos con otros
6. En el partimiento del pan
7. Y en las oraciones.

Cada una de estas columnas es de suma importancia para la permanencia y estabilidad de la asamblea. Si una sola de estas columnas se debilita, la asamblea está en peligro de desaparecer. Los ancianos, y todos nosotros, debemos examinar la condición de las columnas en la asamblea donde nos congregamos. Si encontramos alguna "grieta" o deterioro en cualquiera de ellas, debemos reforzarla con la Palabra de Dios.

¿Cómo está la columna de la conversión?

De esta primera columna dependen todas las demás. Si no hay una verdadera conversión, el bautismo no vale nada. La recepción en la comunión de un mero profesante es desastrosa. Y por más que se procure ayudar y animar, el que no tiene la raíz de la salvación no puede perseverar en la doctrina, comunión, etc.

La verdadera conversión ocurre cuando se recibe la Palabra de Dios tal como es. "La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Rom. 10:17). La Palabra dirigida por el Espíritu Santo a la conciencia, produce convicción de pecado ("se compungieron de corazón" Hch. 2:37). Es la Palabra que nos enseña nuestra necesidad de Cristo y su obra en la cruz. Y es por la Palabra que aprendemos que la salvación no es por obras, sino únicamente por la fe en Cristo. Como el Señor dijo a Nicodemo, el nuevo nacimiento es "de agua y del Espíritu" (Jn. 3:5). El agua es la Palabra de Dios utilizada por el Espíritu para producir convicción de pecado y salvación.

Las advertencias del Señor en cuanto a los falsos creyentes, deben ser suficiente para que nosotros tengamos sumo cuidado en cuanto a esta columna. De las diez vírgenes, cinco no tenían el aceite, y de

las cuatro clases de tierra, una sola llevó fruto. De nada vale tener el vocabulario cristiano, "Señor, Señor", si no hacemos lo que el Señor dice (Lc. 6:46).

Son evidencias de que esta columna está deteriorada cuando:

- muchos profesan fe y pocos perseveran;
- entre los que profesan ser del Señor no hay evidencias claras de una verdadera conversión
- los que dicen ser creyentes no están dispuestos a recibir la Palabra. El Señor dijo que "El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios" (Jn. 8:47).

¿Cómo se puede fortalecer esta columna de la conversión?

Para fortalecer esta columna, debemos poner más énfasis en predicar la Palabra: "Te encarezco delante de Dios…que prediques la Palabra" (2 Tim. 4:1,2). ¿Por qué tanta insistencia en "creer", cuando la persona no sabe por qué ni en quién debe creer? Tenemos que esperar que haya convicción de pecado, y esto lo hace el Espíritu Santo por medio de la Palabra. Al hablar de "pecado" muchos no saben de qué estamos hablando. Los predicadores antiguos leían con frecuencia esas listas de pecados (por ej. Mr. 7:21,22; Rom. 1:29-31; 1 Cor. 6:9,10; Gál. 5:19-21; Ap. 21:8), para que la misma Palabra llegara a la conciencia del pecador.

En las sectas utilizan música y películas para lograr más profesiones de fe. Además de no tener base en la Palabra de Dios, estas cosas sólo trabajan con las emociones de las personas. Pero uno puede hasta derramar lágrimas viendo una película de los sufrimientos de Cristo, sin tener ninguna convicción de pecado. Pablo no mostró a los Gálatas una película, pero Jesucristo fue presentado ante sus ojos claramente como crucificado, y el Espíritu Santo hizo la obra en ellos (Gál. 5:1-5).

La elocuencia y la sabiduría humana tampoco van a lograr resultados permanentes. Cuando Pablo llegó para anunciar el testimonio de Dios en Corinto, donde los griegos buscaban sabiduría, no fue con excelencia de palabras o de sabiduría. Más bien se propuso no saber entre ellos cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. No queriendo que la fe de ellos estuviera basada en la sabiduría de los hombres, Pablo no utilizó palabras persuasivas de humana sabiduría (1 Cor. 2:1-5). Esto no significa que se puede predicar de cualquier manera. El mensaje que tenemos es digno de ser presentado de la mejor manera, utilizando correctamente el idioma y la gramática. Pero, tenemos que depender del poder del Espíritu para que haya verdaderas conversiones.

Uno puede hasta derramar lágrimas viendo una película de los sufrimientos de Cristo, sin tener ninguna convicción de pecado

Una vez explicada claramente la necesidad del hombre como pecador perdido, y la suficiencia de la obra de Cristo para salvación, debemos dejar que el Espíritu Santo haga su obra en el corazón de las personas. Algo que produce muchas profesiones falsas es la presión sobre las personas para que acepten al Señor. A veces

hermanos muy fervorosos pero poco prudentes, preguntan a una persona después del culto si quiere ser salva. Si dice que sí, inmediatamente lo llevan para hablar con los predicadores. Después de una breve conversación con ellos, ya lo tienen convertido.

Es una falta muy grave hacer pensar a una persona que es salva, cuando no lo es. El que descubre después que no es salvo nada, muchas veces no quiere tener más nada que ver con el evangelio. Y nosotros tendremos que dar cuenta al Señor por haber echado a perder la obra del Espíritu Santo en esa persona.

Es una falta muy grave hacer pensar a una persona que es salva, cuando no lo es.

Cualquier persona inexperta no puede atender un parto; y se necesita sabiduría espiritual para ayudar a uno que quiere nacer de nuevo. No es un asunto de poner palabras en su boca, haciéndole pensar que por repetir una oración ya tiene la salvación. Debemos asegurar que la persona siente su condición como pecador perdido, expuesto al juicio de Dios en el infierno. Luego es necesario enfatizar necesidad de la muerte de Cristo para quitar el pecado. Por medio de versículos claves de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo puede hacerle entender de una manera personal el valor de la obra de Cristo, y podrá decir: "El Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por MI" (Gal. 2.20).

Algunos piensan que cuando una persona se queda atrás para hablar con los hermanos, no se puede dejarle ir sin la salvación. Si después de conversar por un tiempo, la persona no puede entender, es aconsejable dejarle ir con unos versículos para meditar, y dejar que el Espíritu termine de hacer Su obra a Su tiempo. Esto es mejor que inducir una confesión prematura que puede resultar falsa.

Debido a los errores del pentecostalismo, hay muchas personas que confunden la salvación con la sanidad. Habiendo experimentado una mejoría (real o imaginaria) de una enfermedad, supuestamente por el poder de Dios, piensan que ya tienen la salvación. Pero aun los que experimentaron un verdadero milagro de sanidad por mano del mismo Señor, no tenían la salvación automáticamente. Por ejemplo, el ciego de Juan cap. 9, recibió la vista, pero todavía no conocía al Señor. Fue cuando el Señor le preguntó: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?", que él creyó y adoró. Debemos aclarar esta diferencia en la predicación del evangelio. Algunos "gustaron…los poderes del siglo venidero" y no fueron salvos (Heb. 6:4-8).

Cuando Eliseo resucitó al hijo de la sunamita, el niño estornudó siete veces, señales de una vida vigorosa. Qué bueno ver en un recién convertido las siguientes señales de que hay nueva vida (¡busque las referencias!):

- Un nuevo vocabulario. El joven recién resucitado por el Señor comenzó a hablar (Lc. 7:15; Ef. 4:29, etc.).
- Un nuevo apetito y amor por la Palabra de Dios. El Señor mandó que dieran de comer a la hija de Jairo (Lc. 8:55; 1 Jn. 2:4)

- Un nuevo andar. El Señor mandó acerca de Lázaro: "Desatadle y dejadle ir" (Jn. 11:44; 1 Jn. 2:6).
- Un nuevo afecto por el pueblo de Dios (1 Jn. 3:14; 5:1)
- Un nuevo poder sobre el pecado (1 Jn. 3:9)
- Un nueva fuerza para vencer el mundo (1 Jn. 2:15; 5:1)
- Una nueva comunicación. De Saulo, recién convertido, se dice: "He aquí, él ora" (Hch. 9:11).

(continuará, D.M.)

La Significación de Pentecostés (3)

E.W.Rogers

Adaptado de: "Believer's Magazine"

La confirmación de un mensaje nuevo (continuado).

En el artículo anterior se tomó en cuenta dos aspectos de los primeros dones dados como señales. A éstos se pueden agregar dos consideraciones más.

Las lenguas eran primarias,

Es decir, eran como los juegos que se desechan a medida que crezca el niño, 1 Cor.13:11. Eran tan ***elementales*** que se nombran solamente en la Primera Carta a los Corintios y de último en cada lista de los dones.

Las lenguas, también, eran temporáneos

Eran tan temporáneos que, fuera de Primera Corintios, no hay ninguna referencia a ellas en las demás cartas del Nuevo Testamento. En su condición inmadura, los que se entretenían con lenguas se comparan a los niños con sus primeros juegos.

No importa cómo interpretemos 1 Cor.13:8, es evidente que Pablo enseña que se acabarían las "profecías" (la predicación inspirada ***por revelación directa***), y cesarían las "lenguas" (la capacidad de hablar idiomas humanas desconocidas) y acabaría la ciencia (conocimiento anticipado de doctrinas ***no escritas hasta ese momento*** en el Nuevo Testamento pero, sí, escritas después). Tales revelaciones se incorporaban en las enseñanzas impartidas oralmente por los profetas, y en las doctrinas escritas después por los apóstoles. Lo que Pablo y otros escribieron en el Nuevo Testamento ***eran verdades ya conocidas y enseñadas desde el principio***, Hechos 2:42, 20:27.

Permanecen la fe, la esperanza y el amor, pero los dones dados como señales no han sido permanentes. En 1 Cor.13:12 el escritor distingue entre "ahora" y "entonces"; o sea, entre lo que es parcial y lo que es permanente, entre "ver oscuramente" y ver "cara a cara" en plena luz. Se admite que Pablo no indica precisa-

mente cuando cesarían estos dones, aunque sí indica que sería cuando viniera "lo perfecto". Cuando la rosa está en flor el botón ya no existe. La lámpara de aceite no se necesita después de instalada la luz eléctrica. Así, cuando quedó plenamente fundamentada en el mundo la doctrina de gracia, ya se había vivido sus etapas de desarrollo. El objeto de Primera Corintios 13 no es indicar en qué tiempo cesarían esos dones, sino en confirmar que ellos eran de naturaleza pasajera.

1 Cor. 14:39, como otras porciones, se puede comprender, tomando en cuenta que ya ha pasado su aplicación limitada y pasajera. No se puede prohibir la genuina operación del Espíritu de Dios, pero la "manifestación del Espíritu" concuerda con este tiempo en qué vivimos cuando está presente "lo perfecto", o sea, la revelación plenaria dada por Dios en las Sagradas Escrituras. Si alguna persona pretendiera hablar mediante revelaciones directas, y decir cosas nuevas no contenidas en las Escrituras, con justicia sería rechazado de acuerdo con Col.1:25.

La proclamación de una oferta misericordiosa.

Debiera tenerse en mente que no se trata del cristianismo puro y verdadero antes de Los Hechos 8. Hasta allí Dios estaba haciendo dos cosas: (1) terminando su trato con los Judíos a causa de su incredulidad, por lo cual ahora han sido desplazados, y (2) inaugurando y desarrollando el "misterio"; o sea, lo que concernía a la Iglesia, el cuerpo de Cristo. No comenzó la iglesia después de la historia de Los Hechos, como algunos afirman. Las referencias a la iglesia en este libro (5:11, 20:17-28) constituyen un repudio suficiente de tal idea. Esta misma iglesia era la misma que Pablo perseguía y asolaba, Gál.1:13.

Hasta el fin de Hechos 7 el Señor Jesús se presentaba a la nación de Israel para su aceptación. Los evangelios registran el rechazo de Cristo venido en carne, Los Hechos el rechazo de Él resucitado. Con todo, se hizo una oferta misericordiosa a aquel pueblo culpable, cuando Pedro dijo, "arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo." Fijémonos en el orden: arrepentimiento, fe, bautismo, y luego la recepción del Espíritu Santo. Esto es, también, el orden en Hechos 8:1-25 y 19:1-6, donde era necesario abandonar abiertamente, mediante el bautismo, su identificación con el judaísmo.

En Hechos 10, no siendo judíos Cornelio y los suyos, el orden es: primero su fe, luego la recepción del Espíritu Santo, y después el bautismo. ***Entre las naciones esto es ahora el verdadero orden cristiano***, (véase Efesios 1:13, etc.).

Para resumir.

Escuchemos la conclusión del asunto tal como lo comprende el escritor de este artículo. (1) Los dones dados para señales en el día de Pentecostés cumplieron el propósito primario de Dios; y no han permanecido; (2) El bautismo en el Espíritu Santo no es una experiencia que cada creyente tiene que buscar, siendo algo compartido por todo verdadero creyente desde el momento de creer.

"Vamos adelante, pues, a la perfección" sin volver a ser como niños en Cristo, ni mantenernos en una condición perenne de inmadurez. (concluido)

El Semillero de la Asamblea (5)

El Maestro, La Lección y los tres Discípulos

Allan Turkington

El ministerio del aposento alto (Juan capítulos 13 al 17) está impregnado de preciosas lecciones dirigidas a aquel grupo selecto que había permanecido con el Señor durante los cortos años de su ministerio público. La hora había llegado cuando el Señor tenía que pasar de este mundo al Padre. Su corazón, latiendo de amor por los suyos, se desborda con enseñanzas vitales para ellos. Necesitaban estas enseñanzas, no solo para la crisis del momento, sino también para el tiempo de su ausencia. Este ministerio comienza con una cena donde el Señor está comiendo con los suyos, y termina con una oración donde el Señor habla como que si ya estuviera en el cielo y está intercediendo por los suyos.

La primera lección impartida en aquel aposento alto fue una lección objetiva. Sin hablar una sola palabra, Él se levanta de la cena y se quita su manto. Ceñido de una toalla, y poniendo agua en un lebrillo, comienza a lavar los pies de los discípulos y a enjugarlos con la toalla. El impacto de esta lección queda subrayado con la reacción inmediata de Pedro y también con las palabras que Juan escribió tantos años después en su primera carta (1 Jn. 1:9; 3:3). Realmente fue una lección doble: 1) La importancia de la humildad y, 2) La necesidad de la limpieza. Las dos cosas son imprescindibles en la vida de un verdadero discípulo.

El Señor descendió por los siete pasos de Filipenses cap. 2 hasta la muerte de la cruz, y en este capítulo encontramos siete actos en los versículos 4 y 5 donde Él llegó hasta los pies de los discípulos. Si siendo Señor y Maestro, Él hizo esto, ¿seremos nosotros mayores que Él para no hacer algo semejante para nuestros hermanos? Notemos también lo que el Señor dijo a Pedro: "El que está lavado no necesita sino lavarse los pies". ¿Habrá algún discípulo que al caminar en este mundo no tenga necesidad aún diariamente de confesar sus pecados al Señor? (1 Jn. 1:6-10).

Queremos destacar la manera en que el Maestro impartió esta lección tan importante. La lección fue basada en una acción y unos objetos. Él estaba usando la avenida principal para llegar al corazón: los dos ojos de cada discípulo. En otra ocasión el Maestro tomó a un niño y lo puso en medio de sus discípulos, y entonces procedió con la lección. También utilizó una higuera junto al camino para enseñar verdades proféticas en cuanto a Israel. El Señor sabía cuán efectivas pueden ser las lecciones objetivas.

Alguien ha dicho con verdad que el ser humano es por naturaleza extremista. Algunos jamás utilizan un objeto para impartir una lección, mientras que otros se esmeran en producir objetos muy elaborados. Los primeros tienen la tendencia a no

captar la atención del niño, y los últimos tienden a restarle importancia a las palabras del Libro. El objeto usado debe ser para dirigir la atención a cierta historia o versículo. Si el alumno se va impresionado con el objeto, y la lección ha quedado en el aire, no hemos logrado nada.

Un hermano irlandés hablando por interpretación a un grupito de niños, produjo un espejo para enseñar cómo la Palabra de Dios revela nuestro pecado. Luego sacó de su bolsillo un jabón para enseñarles sobre la necesidad de la sangre de Cristo para limpiarles de todo pecado. La dificultad del idioma no impidió al éxito de aquella clase porque era evidente que aun el niño más pequeño había captado estas dos lecciones fundamentales.

Queremos ahora dirigir nuestra atención a los discípulos reunidos en aquella clase magistral. En el capítulo 13 intervinieron tres y en el capítulo 14 intervinieron dos más. Podemos observar en los primeros tres algunos rasgos que son característicos de los alumnos con quienes nosotros nos sentamos semana tras semana.

Pedro – el discípulo destacado

Su nombre se menciona siete veces, y él interviene verbalmente cinco veces en este capítulo. Cada vez su posición es enfática, aunque su proposición está errada. Él no se amedrenta por haberse equivocado; más bien sigue preguntando y sigue proponiendo. Si bien sus preguntas manifestaban su ignorancia, también reflejaban su sinceridad. Gracias a Dios por las preguntas de Pedro, porque el Señor las utiliza para mucho provecho. Tenemos que admirarnos de la paciencia del Señor con este alumno. Contesta cada pregunta, y seguramente las dudas de los otros discípulos quedaron aclaradas también. Es una buena señal cuando los alumnos hacen preguntas en la clase. Debemos aprovecharlas como lo hizo el Señor para el bien de todos.

Juan – el discípulo reservado

Juan no hubiera intervenido en esta clase, si no fuera por Pedro. Pedro le hace señas a Juan, el cual está recostado al lado del Señor, para que le haga una pregunta. Juan, quizás sin ser oído por los demás, hace la pregunta en solamente tres palabras: “Señor, ¿quién es?” Es instructivo notar el afecto especial que tenía el Maestro por este discípulo. Juan ni siquiera se nombra a sí mismo en todo el libro, aunque sí se refiere a sí mismo como “el discípulo al cual Jesús amaba”. En el ver. 1 dice que el Señor amaba a los suyos, pero su amor por este discípulo reservado es maravilloso. Hay alumnos que son muy tímidos, y quizás por esta razón no los tomamos muy en cuenta, pero ¿no será que ellos son los que más necesitan de nuestro afecto?

Judas – el discípulo condenado

¿Es posible que entre aquel grupito tan privilegiado que vio tantos milagros, oyó tantas enseñanzas y que anduvo tan cerca del mismo Señor, uno de ellos se encuentra en estos momentos en la condenación? Judas no fue condenado por el Señor. Él fue a su propio lugar, al lugar que él había escogido. El anuncio de la negación de Pedro fue muy triste, pero el anuncio de la traición de Judas fue tan solemne que el Maestro no lo pudo hacer sin conmoverse en espíritu. ¿Hemos sen-

tido nosotros el peso de esta terrible posibilidad? ¡Que alumnos que miramos cara a cara, con quienes hablamos boca a boca el mensaje de salvación, se encuentren un día en aquel lugar de tormento eterno! Allí, dijo el Señor, será el lloro y el crujir de dientes, cuando vean a otros sentados a la mesa en el reino de Dios y ellos estén excluidos. Se acordarán allí por los siglos de los siglos de los momentos de oportunidad cuando se sentaban con nosotros en la Clase Bíblica. Cuando Judas salió del aposento alto "era ya de noche"; pero más solemne aún, en pocas horas su alma había llegado al lugar de las tinieblas de afuera. La pregunta que a veces conmueve mi corazón es: Mis alumnos que un día salieron de mi clase y no los he visto más, ¿dónde están?

Abimelec – El Juez Carnal

Los Trece Jueces (21)

A.M.S.Gooding

Reinó Abimelec. La Palabra de Dios dice que fue príncipe sobre Israel y llevó el título de rey por tres años. Aquí tenemos el primer rey en Israel; no fue Saúl, sino Abimelec. Pero sólo fue rey sobre una pequeña área de la nación.

Deshaciendo en la vejez lo que se logró en la juventud

En el capítulo anterior estábamos viendo dos errores garrafales que cometió Gedeón al fin de su hermosa vida. Notamos que como joven había destruido los ídolos y cortado la imagen de Asera. Es decir, comenzó a libertar al pueblo de Dios del pecado particular de esa época: el pecado de la idolatría. Cuando fue viejo concibió la idea de llegar a ser sacerdote en medio del pueblo de Dios, y por lo tanto hizo un efod. Fue un efod muy costoso, parecía exactamente como un ídolo y valía mucho dinero. Habiéndolo colocado en su propia ciudad, toda la gente vino al efod y a Gedeón para inquirir de Dios. La Palabra de Dios dice que "todo Israel se prostituyó tras de ese efod" Cuando Gedeón murió, el pueblo pronto cambió el efod por un ídolo de Baal. De manera que el hombre que había sido levantado para libertar al pueblo de la adoración a Baal, antes de morir hizo un efod que condujo al pueblo de nuevo a la adoración a Baal.

Además, Gedeón fue levantado por Dios para libertar a Su pueblo de Madián, que representa la contienda. Pero no sólo tuvo setenta hijos de sus esposas, sino que tuvo una concubina en Siquem de quien nació Abimelec, cuyo nombre significa "mi padre es rey". Abimelec trajo contienda a través de la nación, hasta que Abimelec destruyó los hombres de Siquem y los hombres de Siquem destruyeron a Abimelec. El hombre que fue levantado para libertar al pueblo de Dios de la contienda, sembró las semillas de contienda, por complacer la carne en sus últimos años. ¡Qué lección tan solemne para todos nosotros, particularmente los que estamos avanzados en años! Es posible que cuando fuimos jóvenes nos paramos firmes para Dios, tal vez a veces sin mucha sabiduría

con el arrebato de la juventud. Pero, ¡oh, el peligro de deshacer completamente cuando somos viejos, el bien que hicimos en nuestra juventud!

Cuando jóvenes procuramos sacar al pueblo de Dios de la cristiandad. Cuando viejos podríamos conducirles de nuevo a la cristiandad. Cuando jóvenes consideramos al mundo como algo abominable. Cuando viejos podríamos permitir al mundo entrar en nuestros corazones, negando en los últimos años todo lo que defendíamos en nuestra juventud. Hombres y mujeres jóvenes, ¡qué bueno verles comenzar bien! Es excelente ver el gran número de jóvenes en las asambleas de este país. Mi querido hermano joven, es una cosa excelente comenzar bien, es mejor continuar bien, y mejor todavía terminar bien. Gedeón comenzó bien, continuó bien, pero cometió dos errores que fueron catastróficos. Si Gedeón no hubiera cometido esos dos errores, no se hubiera escrito el capítulo 9 de Jueces.

Ingratitud hacia los lideres

Antes de dejar el capítulo 8 notemos que el pueblo de Dios debería haber estado tan agradecido a Gedeón por todas las cosas que había hecho. Había logrado, bajo la mano de Dios, una maravillosa liberación para ellos, y había mantenido la paz por cuarenta años. Sin embargo, leemos: "Y no se acordaron los hijos de Israel de Jehová su Dios, que los había librado de todos sus enemigos en derredor; ni se mostraron agradecidos con la casa de Jerobaal, el cual es Gedeón". ¡Cuán pronto el pueblo de Dios se olvida de sus líderes espirituales y se apartan de las cosas que enseñaron! Parece que el Espíritu de Dios nos quiere decir que el pueblo tenía una deuda, no solo con Gedeón, sino con sus setenta hijos. Pero se olvidaron de Gedeón y no mostraron ninguna bondad a los hijos de este hombre que había sido un líder tan maravilloso.

Vivimos en días cuando hombres y mujeres son absolutamente ingratos, malagradecidos por todos los beneficios que Dios les ha concedido. ¡Ese mismo espíritu se introduce entre el pueblo de Dios! Debemos ser agradecidos al hermano o hermana que nos condujo al Señor. Pablo dijo: "por no decirte que aun tú mismo te me debes también". Está impresionando a Filemón con la deuda de gratitud que le debe por cuanto le había conducido al Señor. En Romanos 16, Pablo está impresionando a los santos de la deuda que deben a Priscila y a Aquila diciendo: "a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles." En Hebreos 13 se nos exhorta a acordarnos de nuestros pastores, es decir, los sobreveedores que han partido. En el capítulo que estamos estudiando se va un paso más allá, y se nos muestra que Dios espera que mostremos bondad hacia los hijos del hombre que fue tan excelente líder entre Su pueblo.

Un hombre carnal

"Abimelec hijo de Jerobaal fue a Siquem, a los hermanos de su madre". Notemos que Abimelec tuvo un padre, Gedeón; pero también tuvo una madre. Su padre tenía setenta hijos; su madre tenía hermanos. Notemos con quién estaba asociado. Es un hijo de la carne, un hombre carnal, tiene solamente instintos carnales. Tiene setenta hermanos, todos hombres como Gedeón; todos, por así decirlo, hombres espirituales. Por otra

parte, este hombre carnal tiene los hermanos de su madre, y tiene la familia de la casa del padre de su madre. Él dice: Yo soy vuestra carne —había un vínculo carnal. Sin duda los setenta hijos de Gedeón habían sido criados en su hogar, bajo su techo, en su ciudad. Este hombre carnal, parece, había sido criado aparte. Un hombre carnal, con una madre carnal, con familiares carnales, en circunstancias carnales.

Este hombre va a llegar a ser un gobernante, un juez, un rey del pueblo de Dios; y ya hemos dicho que los jueces en el libro de los Jueces son figura de los ancianos de la asamblea. ¿Crees que alguna vez ha habido hombres carnales como ancianos en las asambleas del pueblo de Dios? En el Nuevo Testamento vemos cómo deben ser los sobreveedores. Estoy muy consciente que muchos sobreveedores en las asambleas del pueblo de Dios no son lo que 1 Timoteo capítulo 3 dice que deben ser. Estamos viendo el asunto no desde el punto de vista de lo que debe ser sino de lo que realmente es: hay una diferencia. Todos los que hemos tenido alguna experiencia entre el pueblo de Dios sabemos que existen sobreveedores espirituales y existen sobreveedores carnales. La primera pregunta que deben hacerse es: "¿Soy espiritual o soy carnal?"

¡Qué tragedia cuando un hombre carnal quiere llegar a ser un sobreveedor entre el pueblo de Dios!

¿Espiritual o carnal?

Ahora bien, ¿qué hacen hombres espirituales? Guardan compañía con hombres y mujeres espirituales. El Nuevo Testamento dice que cantan himnos espirituales y que usan lenguaje espirituales y que adoran a Dios en espíritu. Hombres espirituales, dice 1 Corintios cap. 14, reconocen que lo que Pablo escribió en sus epístolas son mandamientos del Señor.

¿Cómo son los hombres carnales? Todos sabemos que en nosotros está esa cosa llamada la carne. Y un hombre carnal piensa de una manera carnal, habla en una forma carnal, actúa carnalmente, y le gustan compañeros carnales. Mi querido hermano, mi querida hermana, ¿qué eres tú? ¿qué soy yo? No te estoy preguntando si estás en comunión de la asamblea. Estoy suponiendo eso. Te estoy preguntando, ¿eres carnal o espiritual? Porque en cada asamblea del pueblo de Dios hay aquellos que son carnales y algunos que son espirituales.

En Gálatas dice: "vosotros que sois espirituales, restauradle". Esto demuestra que habían hombres en las asambleas de Galacia que podían honestamente decir delante de Dios: "Sí, soy espiritual". No eran hombres orgullosos, porque fueron mandados hacer las cosas con espíritu de mansedumbre, temblando con temor. Pero eran espirituales. Y eran hombres espirituales que debían restaurar al que había sido sorprendido en una falta. En otras palabras, los pastores entre el pueblo de Dios deben ser hombres espirituales.

Padre espiritual—hijo carnal

Es algo muy triste que este hombre quien era carnal y quien asumió el liderazgo entre el pueblo de Dios fue un hijo de Gedeón. ¿Qué significa esto para nuestras consciencias? Sencillamente

esto: Mi querido hermano, el hecho de que tu padre fue espiritual no quiere decir que tú eres espiritual. Mi querida hermana, el hecho de que tu madre fue espiritual no quiere decir que tú eres espiritual.

Gedeón fue un hombre de quien se dijo en una ocasión: "El Espíritu de Dios se vistió de Gedeón". ¡Qué hombre tan espiritual! Pero tuvo un hijo que fue tan carnal, que no se podía decir si era salvo o no. Nunca menciona el nombre del Señor. ¿Has conocido alguna vez hombres espirituales que tuvieron hijos carnales? ¿Has sabido de mujeres espirituales que tuvieron hijas carnales? El padre y la madre respirando la atmósfera del cielo; su descendencia actuando carnalmente, hablando carnalmente, pensando carnalmente, pesando cada situación como lo haría un mundano, con sabiduría del mundo —eso es ser carnal—no juzgar las cosas espiritualmente según la Palabra de Dios.

Este hombre carnal se dice: "Mi padre está muerto, Yo quisiera gobernar al pueblo de Dios". ¡Qué tragedia cuando un hombre carnal quiere llegar a ser un sobreveedor entre el pueblo de Dios! Oh, yo sé que un hombre carnal no puede ser un verdadero sobreveedor porque la Palabra de Dios dice: "en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos", y el Espíritu Santo no levanta a hombres carnales para ser sobreveedores. Pero en muchas asambleas puedes encontrar a hombres carnales que han tomado el lugar de sobreveedores. (continuará, D.M)

Perdonad, y seréis perdonados

Peter Cousins, Inglaterra

Hemos debido aprender del Calvario por lo menos ocho lecciones acerca del perdón, pero a veces las olvidamos.

1. El hecho de perdonar no quiere decir que la ofensa era poca cosa

Nos disculpamos por la falta que hemos cometido — y no siempre es fácil hacerlo — y la otra persona dice: "Ah, no era nada". Esto no es el asunto, y quizás no sea un honesto espíritu de perdón.

El perdón legítimo reconoce todo el peso y dolor del agravio cometido, y a plena conciencia exime al culpable de su culpa. Dar a entender que no hubo daño, cuando sí lo hubo, da pie a la sospecha de que tampoco hay perdón, y falsea la relación futura entre las partes. Dios no nos perdonó porque nuestro pecado era poca cosa; nos perdonó por la inmensidad de su amor.

2. El perdón no quiere decir que el culpable no sufrirá pérdida

Por supuesto, el que perdona no exige recompensa ni venganza. Perdonar y a la vez demandar, no es perdonar. Cuando uno perdona de veras, quita toda barrera entre el culpable y su víctima. Allí termina todo.

Pero una falta trae consigo el remordimiento. Ningún perdón de parte del ofendido puede deshacer lo que sucedió. Esto no tiene que ver con el que perdona; es asunto personal del ofensor. Todos nosotros tenemos que vivir con nuestro pasado, y ninguno puede escapar el conocimiento del efecto sobre otros del pecado que ha cometido.

3. El arrepentimiento no es simplemente el remordimiento

El arrepentimiento obliga a uno a hacer todo lo posible para deshacer el daño causado.

Pero, por mucho que quisiéramos, no podemos remediar todo. Perdonado o no por su prójimo, el creyente sabrá que lo que el hombre sembrare, esto también segará. El perdón que emana del Calvario transforma la pena en una ayuda hacia la madurez espiritual. Esta es una manera como Dios disciplina a sus hijos.

Hay otro tipo de castigo que el perdón no anula. Un hombre en autoridad puede perdonar una ofensa cometida contra él, pero sin estar en condiciones de impedir que proceda el castigo correspondiente. Un maestro de escuela, por ejemplo, tiene una relación doble con sus alumnos. El puede perdonar a uno que le haya faltado el respeto, pero a la vez verse obligado a tomar las medidas que sus superiores hayan establecido para el caso.

A diferencia de un maestro de escuela, Dios no está sujeto a ninguna ley, pero actúa con arreglo a la ley de su propio amor santo. Esto es porque el Nuevo Testamento parece contradecirse al hablar de Dios y el pecado. A veces habla de Él como quien perdona gratuitamente, y otras veces habla de que Jesús sufrió la ira de Dios contra el pecado, nos compró con su sangre, etc. Es que, como hemos venido comentando, el perdón no necesariamente anula la pena. Dios perdona, pero a expensas de haber castigado a su Hijo en lugar nuestro.

4. El perdón no impone condiciones

Un buen símbolo del espíritu perdonador sería la mano extendida hacia el ofensor. Lo único que hace falta para sellar este perdón es que el ofensor tome la mano del otro. Pero no siempre estamos dispuestos a extender la mano de esta manera, sino que hacemos un gesto que parece ser el perdonar pero en realidad dista mucho de serlo. Sacamos la mano pero, figurativamente hablando, está cerrada. No un puño cerrado, pero una mente cerrada porque guarda una lista de condiciones que el ofensor debe cumplir para que la amistad sea restaurada.

"Por supuesto que yo estoy dispuesto a perdonar, pero él debe ..." Al hablar así, dejamos entrever que no tenemos un espíritu perdonador.

Los enemigos de Jesús pensaban que Dios era así. Ellos hubieran estado conformes con que el Señor dijera a los pecadores que deben arrepentirse de sus pecados, recitar oraciones, ofrecer los sacrificios de rigor y después buscar el perdón de Dios. Cumplidas estas condiciones, darían la bienvenida a cualquier publicano o mujer de mala vida.

Lo que enfureció a los fariseos era que los hechos y palabras de Jesús hacían ver que Dios estaba tomando la iniciativa, ofreciendo la mano, dispuesto a buscar a los ofensores dondequiera que estuvie-

sen, y aun ofreciendo perdonarlos. La parábola de la oveja perdida hubiera sido aceptable a los fariseos bajo el entendido de que la oveja era religiosa y se encontraba en dificultades, pero ellos consideraban blasfemia sugerir que Dios saldría en busca del pecador antes que éste se hubiera arrepentido.

Cuando decimos, "Yo le perdonaré si él ...", estamos diciendo que no queremos perdonar. Quizás nos engañamos a nosotros mismos, pero no así a nuestros semejantes. Y a Dios menos.

5. El perdón no es unilateral

Este es el otro lado de lo que hemos venido diciendo. El perdón encierra la restauración de una relación rota, y ninguna relación puede existir sin dos personas como mínimo. El hombre que está convencido de que él de hecho tiene la razón, no es un hombre que puede experimentar el perdón. Para que goce del perdón, tiene que reconocer su falta y aceptar la oferta de un comienzo nuevo.

Esta verdad no anula lo dicho acerca de que el perdón debe ser incondicional. La obligación que tengo de reconocer mi falta no es una condición previa que me impone mi hermano ofendido. Al contrario, es un elemento esencial de la naturaleza del perdón. Cometida la falta y rota la comunión, no se puede remediar la situación honestamente sin reconocer que la reconciliación es producto del perdón, y no del mérito.

Este reconocimiento tiene que afectar las dos partes: tanto el esposo como la esposa, el padre como el hijo, uno mismo y su prójimo, o el hombre y su Dios.

6. El perdón no es probatorio

El verdadero perdón no dice: "Te perdono, pero si cometes esta ofensa otra vez, te quito este perdón". No; conforme el perdón no pone condiciones, tampoco está sujeto a incertidumbres en cuanto al futuro. Uno perdona o no perdona. Es ridícula la idea de un semiperdón, porque carece de sentido y se basaría en lo peor de ambas partes.

Acordémonos de 2 Samuel 14, donde Joab procura el regreso de Absalón. El relato termina con el hijo inclinando su rostro a tierra delante de David su padre, Joab observando, y el rey besando a Absalón. Pero había falsedad en Joab y Absalón, por lo menos, y el capítulo siguiente cuenta la triste historia de cómo Absalón se sublevó contra el rey David.

> *Cuando pretendemos perdonar a medias, estamos en contra-posición a Dios.*

Cuando pretendemos perdonar a medias, estamos en contra-posición a Dios. El acepta y recibe sin reserva al hombre pecador, como el padre del hijo pródigo aguardaba el regreso de aquél e hizo ver que no había barrera alguna entre ellos dos.

7. El perdonar no es simplemente olvidarse

Hemos reconocido ya que el olvidarse es más de lo que cualquier hombre puede decidir hacer. Ciertamente en Jeremías 31.34 Jehová dice que "perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado". ¿Qué podemos aprender acerca de la omnisciencia

divina? ¿Debemos entender literalmente este versículo? Veamos tres versículos más:

>> Oh Señor ... echaste tras tus espaldas todos mis pecados, Isaías 38.17

>> Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados, Isaías 43.25

>> El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades,y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados, Miqueas 7.19

La lección es que los pecados que han sido perdonados han dejado de surtir efecto sobre la relación que Dios tiene con el pecador.

> El creyente no perdona simplemente porque se siente bien

Una razón porque es tan difícil perdonar es que uno tiene que deshacerse de un arma que quiere usar en contra de la persona que le ha perjudicado. Es enterrar el hacha una vez por todas. El perdonar es comenzar una relación que no será influenciada por aquello que sucedió. Por supuesto, somos humanos y no podemos estar seguros de que nos olvidaremos para siempre. Pero aun las personas con buena memoria pueden perdonar si resuelven hacerlo, porque el perdón es renunciar una posición; es desprenderse de un pensamiento.

8. El perdonar no depende de nuestras emociones

Los niños pueden protestar que "no tienen ganas" de perdonar, pero nosotros los adultos debemos saber mejor. Muchas veces perdonamos a uno para quien sentimos simpatía, lástima o cariño, pero no debemos limitarnos a éstos. El creyente no perdona simplemente porque se siente bien o cree que las circunstancias le son favorables.

Jesús no mandó a Pedro ir a su hermano tantas veces que sentía un impulso de hacerlo; le mandó hacerlo setenta y siete veces, cualesquiera las circunstancias; Mateo 18.21. La base del perdón que Dios da no es su estado emocional sino su propósito divino y constante de amor. Él nos recibió porque era su eterno afán hacerlo.

El mandamiento a perdonar es demasiado para nosotros, pero como cristianos sabemos que el perdón está en el corazón de la subsistencia humana. La relación del hombre con Dios es posible porque Él perdona. Por esto la gran importancia de que nos veamos siempre como pecadores absueltos, no por merecerlo sino por la gracia de Dios.

Habiendo sido perdonados, perdonamos. Cuando no lo hacemos, es porque tenemos una noción falsa de nuestro propio estado.

"Si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo, para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones", 2 Corintios 2.10,11. "Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo", Efesios 4.32

The Harvester, julio 1970 (Tesoro Digital)

Lo que Preguntan

Cuando alguien nos pregunte qué somos, o cómo se nos puede llamar, ¿aceptamos o recomendamos ser llamados* "evangélicos"*?

El calificativo "*evangélico*" tiene, en la gente de este mundo, la idea de personas que pertenecen a una de tantas religiones. Así que, decir "evangélico" es algo contrario a "católico", "mormón" o "testigo de Jehová". De hecho, la expresión "fulano se metió a evangélico" refleja esta lamentable forma de pensar. Ahora, que los hombres sin Dios tengan tal clase de confusión no debería resultarnos extraño, pero que "predicadores" de nuestras asambleas digan al auditorio que "desde esta noche usted debería ser ***evangélico***", ello sí es tremendamente dramático, por no decir catastrófico.

Bien, para quienes usan este lenguaje, recomendamos un muy buen y saludable ejercicio. Es decir, que lean el Nuevo Testamento cuidadosamente y anoten las diferentes maneras en las cuales los creyentes son llamados. Inequívocamente hallarán muy a menudo llamarlos "santos", "creyentes", "fieles" y, en tres ocasiones, ***"cristianos"*** (Hch. 11:26; 26:28 y 1 Ped. 4:16), pero nunca "evangélicos".

Cualquier diccionario bíblico nos dirá, sin lugar a dudas, que la palabra "evangelio" significa, sencillamente, buenas nuevas o buenas noticias. Por supuesto, son buenas nuevas de parte de Dios para este mundo pecador, siendo el término en sí mismo una transliteración, no una traducción. También, al buscar el campo semántico de la palabra (o los demás términos que forman familia con ella) encontraremos, en nuestra versión castellana:

1. La forma sustantivada ("el evangelista") aplicada a Felipe en Hechos 21:8,
2. La forma adjetivada "evangelistas", "evangelista" en Efesios 4:11 y 2 Timoteo 4:5, y
3. La forma verbal indicativa de "predicar", "anunciar" el evangelio o "evangelizar",

pero nunca encontramos el apelativo "***evangélico***".

Finalmente, si uno lee con mediana inteligencia la Palabra, se dará cuenta que una persona oye ***el Evangelio*** y lo recibe (Ef. 1:13, por ejemplo) ***para ser salvo***. No lo contrario; no es que uno es salvo para llegar a ser ***evangélico***.

Entonces, ¿qué somos, cómo podemos llamarnos? Personas quienes escuchamos las buenas noticias de salvación (el evangelio, cuyo mensaje céntrico es Cristo), las recibimos y ahora somos salvos, creyentes, santos, cristianos, hermanos, etc.

Gelson Villegas

Cuando colocamos el letrero "Local Evangélico" al frente de nuestro sito de reunión, ¿no estamos cayendo en el error de las denominaciones?

Las denominaciones cometen un doble error al colocar en sus locales un letrero, como por ejemplo: "Iglesia Pentecostal La Luz del Mundo". Primero, la iglesia no es

el edificio material de bloques, etc., sino el edificio espiritual compuesta de piedras vivas, es decir los creyentes. Nosotros somos la iglesia; y el lugar donde nos reunimos es solamente un local, una casa, etc.

El segundo error es llamarse por un nombre. Congregarse en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, implica no aceptar otro nombre. ¿Cómo se sentirá un hombre, si su esposa, no satisfecha con el apellido que él le dio al casarse con ella, adoptara otro apellido? Así la iglesia no debe aceptar otra denominación, sino estar satisfecha con ese precioso Nombre con que estamos asociados.

El letrero "Local Evangélico" no es un nombre para nuestra congregación. Es solamente una explicación del uso que se da al edificio donde nos reunimos; es un local destinado para la predicación del Evangelio. Es como si alguien construyera un local y quiere que la comunidad sepa que no es para usos religiosos ni políticos, y le pusiera un letrero: "Local comercial". Andrew Turkington

Muchas veces hemos oído críticas para algunos predicadores que no mencionan la palabra "SANGRE de Cristo" en su prédica, llamándose, incluso, "anémicos" sus sermones.

Cuando Pedro predicó el día de Pentecostés no mencionó ni una sola vez el término "sangre", sino que hizo referencia a la muerte (lo que incluye el derramamiento de su sangre, al tratarse de una muerte violenta), resurrección y exaltación del Cristo. Pero por el hecho de no mencionar la palabra "sangre" no fue una predicación "anémica", pues en esa ocasión "se añadieron aquel día como tres mil personas" (Hch. 2:41).

En su segundo sermón en el Pórtico de Salomón (Hch. cap. 3) Pedro se refiere a la muerte, resurrección y exaltación del Señor sin mencionar el término "sangre". "Pero muchos de los que habían oído la palabra creyeron; y el número de los varones era como cinco mil" (Hch. 4:4). Así, otra vez nos encontramos en una reunión de predicación que no fue, exactamente, "anémica".

Igualmente, en cap. 10 de Los Hechos, Dios abre la puerta a los gentiles utilizando la prédica de un hombre que no usó el término "sangre". Pero habla del ministerio terrenal del Cristo, de su muerte, resurrección y de su oficio futuro como juez; y Cornelio y todos los que estaban en su casa se convierten al Señor. Esperamos que a nadie se le ocurra criticar al apóstol Pedro por no incluir el vocablo "sangre" en su magnífica presentación del evangelio.

Así que, "hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar" (1 Cor. 14:20). Gelson Villegas

¿Cuando voy a morir yo?

(viene de la última página)

En su infinito amor para con nosotros, el Hijo de Dios se hizo hombre para poder morir por nosotros. Clavado en un madero, Él derramó su preciosa sangre que "*nos limpia de todo pecado*". ¿Le aceptarás como tu Sustituto? Si, arrepentido de tus pecados, confías de corazón en Él, serás salvo. Entonces podrás decir: "*El Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*". (Gal. 2:20)

(Adaptado de Palabras de Amor. Tesoro Digital)

¿Cuándo voy a morir yo?

En uno de los corredores de un hospital grande, dos médicos se detuvieron una noche para consultar sobre la grave enfermedad de una niñita de pocos años.

"Yo creo que podríamos salvarle la vida si pudiéramos hacerle una transfusión de sangre", afirmó uno de ellos. *"Es posible",* asintió el otro, *"pero, ¿dónde vamos a conseguir sangre a esta hora? Es emergencia",*

En ese momento una camilla pasó frente a ellos, en la cual yacía la pequeña, y la misma palidez de su cara denotaba su estado crítico. Apenas había pasado la camilla cuando, para el asombro de los médicos, uno de ellos sintió el suave toque de una mano en su brazo, mientras una voz tímida decía: *"Doctor, ¿podría yo dar mi sangre a esa niñita?"*

Era un niño de alrededor de 10 años, mal vestido, descalzo; uno de los tantos que en las grandes ciudades vagan por las calles, sin hogar, y de quienes pocos se preocupan. Había entrado desapercibido en el hospital a fin de calentarse, pues hacía frío esa noche de invierno. Sin que los médicos se dieran cuenta, él había alcanzado a oír sus observaciones, y al contemplar la cara tan patética de la enfermita, se ofreció sin titubear.

Los médicos se miraron sorprendidos, pero terminaron por aceptar la oferta del niño, a quien condujeron rápidamente a la sala de operaciones donde le prepararon para la transfusión. Fue en los primeros días de transfusiones de sangre, cuando lo hacían directamente del donante al enfermo, así que el niño quedó acostado en una camilla desde donde podía contemplar a la niñita, a poca distancia de él.

Terminada la operación, una de las enfermeras se acercó al joven todavía acostado para decirle: *"¡Qué valiente eres tú m'jito! ¿No ves que la transfusión ya ha hecho bien a la niñita, y seguramente con esto se le va a salvar la vida?"*

Con una mirada conmovedora, el niño le contestó: *"Pero, señorita, ¿cuando voy a morir yo?"* Con gran consternación se dieron cuenta que el niño había pensado que al dar su sangre, él moriría; había pensado sencillamente dar su vida por la niñita enferma. Por supuesto se apresuraron en hacerle entender que esto no sucedería.

La Biblia dice: *"Apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno",* Romanos 5:7. Ese niño que había conocido tan poco amor en su vida, se ofreció para morir, según él pensaba, por una niñita a quien apenas había visto una vez. Esto nos recuerda al Señor Jesús de quien la Biblia dice: *"Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros",* Romanos 5:8

Nuestra condición espiritual era grave—¡expuestos a la perdición eterna en el infierno por causa de nuestros pecados! Había una sola manera de salvarnos de tan terrible fin. La ley divina declara que "*sin derramamiento de sangre no se hace remisión*".

(continúa en la pag. 23)

(continúa en la pág. 23)